

TEXTOS TEMA 6. La literatura en el siglo XVIII

Tabla de contenido

<i>Robinson Crusoe</i>	1
<i>Declaración de los derechos de la mujer y la ciudadana</i>	2
<i>Elogio de la razón</i>	3
<i>A Madame de Grignan</i>	4

Robinson Crusoe

La situación en la que me encontraba era realmente sombría. Había llegado a esta isla después de que nuestro barco fuese desviado de su rumbo por una fuerte tormenta, alejándonos así cientos de leguas de las vías transitadas habitualmente por los marineros. Además, tenía motivos para considerar este suceso como un designio del cielo, por lo que pensaba que acabaría mis días en este lugar desierto, sin compañía. Mientras hacía estas reflexiones, las lágrimas corrían por mis mejillas. [...]

No obstante, no tardaba en descartar tales pensamientos y en reprenderme a mí mismo. En concreto, mientras caminaba un día por la orilla del mar, llevando el rifle a cuestas y meditando sobre la situación en la que me encontraba, la razón me reconvino del siguiente modo: «Bien, te hallas en un estado de desolación, es cierto. Pero acuérdate de dónde está el resto de tus compañeros. ¿Acaso no había once personas en el bote? ¿Dónde están los otros diez? ¿Por qué no se salvaron ellos? ¿Por qué fuiste escogido? ¿Es mejor estar allí o aquí?», me preguntaba a mí mismo, a la vez que señalaba el mar. Y es que todos los males deben ser evaluados en función del bien que esconden, teniendo en cuenta que siempre puede haber algo peor.

Entonces caí en la cuenta de que disponía de todo lo que necesitaba para subsistir. ¿Cuál habría sido mi destino, pensé, si el barco no hubiese salido a flote, moviéndose hasta la orilla desde el lugar donde estaba varado, [...] algo que me permitió hacerme con las cosas que estaban a bordo? ¿En qué situación me encontraría si hubiese tenido que vivir con lo que tenía cuando llegué a la isla, sin las cosas imprescindibles para subsistir y sin los medios para procurarse esas cosas? [...] Contaba con todas estas cosas en cantidad suficiente y tenía la oportunidad de hacer los preparativos necesarios para sobrevivir sin el rifle cuando se acabase la munición. Había, por tanto, perspectivas razonables de que pudiese cubrir mis necesidades durante todo el tiempo que me restase de vida.

DANIEL DEFOE

Robinson Crusoe, Cátedra

Declaración de los derechos de la mujer y la ciudadana

PREÁMBULO

Las madres, hijas, hermanas, representantes de la nación piden que se las constituya en asamblea nacional. Por considerar que la ignorancia, el olvido o el desprecio de los derechos de la mujer son las únicas causas de los males públicos y de la corrupción de los gobiernos, han resuelto exponer en una declaración solemne, los derechos naturales, inalienables y sagrados de la mujer a fin de que esta declaración, constantemente presente para todos los miembros del cuerpo social les recuerde sin cesar sus derechos y sus deberes, a fin de que los actos del poder de las mujeres y los del poder de los hombres puedan ser, en todo instante, comparados con el objetivo de toda institución política y sean más respetados por ella, a fin de que las reclamaciones de las ciudadanas, fundadas a partir de ahora en principios simples e indiscutibles, se dirijan siempre al mantenimiento de la constitución, de las buenas costumbres y de la felicidad de todos.

En consecuencia, el sexo superior tanto en belleza como en coraje, en los sufrimientos maternos, reconoce y declara, en presencia y bajo los auspicios del Ser supremo, los Derechos siguientes de la Mujer y de la Ciudadana.

PRIMER ARTÍCULO

La mujer nace libre y permanece igual al hombre en derechos. Las distinciones sociales sólo pueden estar fundadas en la utilidad.

SEGUNDO ARTÍCULO

El objetivo de toda asociación política es la conservación de los derechos naturales e imprescriptibles de la Mujer y del Hombre; estos derechos son la libertad, la propiedad, la seguridad y, sobre todo, la resistencia a la opresión.

[...]

ARTÍCULO DECIMOSÉPTIMO

Las propiedades pertenecen a todos los sexos reunidos o separados; son, para cada uno, un derecho inviolable y sagrado; nadie puede ser privado de ella como verdadero patrimonio de la naturaleza a no ser que la necesidad pública, legalmente constatada, lo exija de manera evidente y bajo la condición de una justa y previa indemnización.

EPÍLOGO

¡Mujer, despierta!; el arrebató de la razón se hace oír en todo el universo; reconoce tus derechos. El potente imperio de la naturaleza ha dejado de estar rodeado de prejuicios, fanatismo, superstición y mentiras. La antorcha de la verdad ha disipado todas las nubes de la necedad y la usurpación. El hombre esclavo ha redoblado sus fuerzas y ha necesitado apelar a las tuyas para romper sus cadenas. Pero una vez en libertad, ha sido injusto con su compañera. ¡Oh, mujeres!, ¡mujeres!, ¿cuándo dejaréis de estar ciegas?, ¿qué ventajas habéis obtenido de la revolución?: un desprecio más marcado, un desdén más visible. [...] Cualesquiera sean los obstáculos que os opongan, podéis superarlos; os basta con desearlo.”

OLYMPE DE GOUGES

Déclaration des droits de la femme et de la citoyenne

Elogio de la razón

En el siglo xvi, Erasmo hizo el *Elogio de la locura*. Vosotros me ordenáis que os haga el elogio de la Razón. Vemos que esta Razón, efectivamente, no es elogiada hasta doscientos años después que su enemiga; y hay naciones en las cuales todavía se la desconoce.

En el tiempo de nuestros druidas, la Razón era tan desconocida en nuestra tierra que ni siquiera tenía nombre en nuestra lengua. César no la introdujo ni en Suiza, ni en París, que por aquel entonces no era más que una aldea de pescadores, y él mismo apenas la conoció. Aquel magnánimo insensato salió de nuestro país devastado para ir a devastar el suyo y para hacerse asestar veintitrés puñaladas por otros veintitrés ilustres furibundos que no le llegaban ni a la suela del zapato.

El franco Clodoveo llegó alrededor de quinientos años después para exterminar una parte de nuestra nación y sojuzgar a la otra. No se oía hablar de Razón ni en su ejército, ni en nuestros desdichados villorrios, a no ser de la razón del más fuerte. Durante largos años malvivimos en esta degradante barbarie. Las Cruzadas no nos sacaron de ella. Fueron a un tiempo la locura más universal, la más atroz, la más ridícula y la más infortunada. La Razón se ocultaba en un pozo, junto con la Verdad, su hija. Nadie sabía dónde estaba este pozo; y en caso de saberlo hubieran bajado a él para degollar a la hija y a la madre.

Una vez los turcos hubieron tomado Constantinopla y redoblado las espantosas desgracias de Europa, dos o tres griegos en su huida cayeron en este pozo, o más bien en esta caverna, medio muertos de cansancio, de hambre y de miedo. La Razón los acogió humanitariamente. Recibieron de ella un pequeño número de instrucciones, porque la Razón no es prolija². Les hizo jurar que no revelarían el lugar de su escondrijo. Partieron, y después de mucho andar llegaron a las cortes de Carlos V y de Francisco I. Incluso fueron recibidos por el emperador y por el rey de Francia, quienes les dedicaron una ojeada al pasar mientras se dirigían en busca de sus amantes. Pero su esfuerzo fructificó en las pequeñas ciudades, donde encontraron a buenos burgueses que aún conservaban, no sé cómo, algún vislumbre de sentido común.

Estos débiles fulgores se extinguieron sin duda en Europa entre las guerras que la asolaron. Dos o tres chispas de razón no podían iluminar al mundo en medio de las antorchas ardientes y de las hogueras que el fanatismo encendió durante tantos años. La Razón y su hija se ocultaron más que nunca. No obstante, algunas semillas de los frutos que siempre llevan consigo, y que habían esparcido, germinaron en la tierra, e incluso sin pudrirse.

—Hija mía —decía la Razón a la Verdad—, creo que nuestro reinado podría empezar a ser efectivo después de nuestra larga prisión. Ya veis que todo llega tarde; había que pasar por las tinieblas de la ignorancia y de la mentira antes de volver a vuestro palacio de luz, del que se os ha mantenido alejada juntamente conmigo durante tantos siglos. Nos ocurrirá lo que le ha ocurrido a la Naturaleza: que ha estado cubierta por un maligno velo y completamente desfigurada durante incontables siglos. Por fin llegaron un Galileo, un Copérnico, un Newton, que la mostraron casi desnuda, haciendo que los hombres se enamoraran de ella. Ahora veo que desde hace diez o doce años en Europa se dedican a las artes y las virtudes necesarias, que suavizan la amargura de la vida. Vos, que nunca habéis podido mentir, decidme qué época hubierais preferido a esta para echar raíces en Francia. Gocemos, pues, de tan buenos tiempos; quedémonos aquí, si duran; y si se repiten las tempestades, volvamos a nuestro pozo.

VOLTAIRE

Novelas y cuentos, Planeta

A Madame de Grignan

París, lunes, 21 de febrero de 1689

Es verdad, mi querida hija, que estamos muy cruelmente separadas una de otra: aco fa trembla [algo que me hace temblar]. [...]

El otro día hice yo la corte en Saint-Cyr, con mayor deleite del que había imaginado. Fuimos el abad, madame de Coulanges, madame de Bagnols, el abad Têtu y yo. Vimos que nos habían guardado el sitio. Un oficial le dijo a madame de Coulanges que madame de Maintenon había mandado guardar un asiento junto al suyo: ya veis qué honor. «En cuanto a vos, madame –me dijo– podéis elegir.» Me puse con madame de Bagnols en el segundo banco detrás de las duquesas. El mariscal De Bellfonds vino a sentarse, por voluntad propia, a mi derecha, y delante estaban las señoras De Auvergne, De Coislin, De Sully. El mariscal y yo escuchamos esa tragedia con una atención que no pasó desapercibida, y murmurando, en los momentos oportunos, ciertos elogios, que quizá no habrían podido salir de debajo de los peinados llenos de lazos de todas aquellas damas. No puedo deciros hasta qué punto es deliciosa esa obra. [...]

El rey se acercó adonde estábamos y, volviéndose hacia mí, me dijo: «Madame, estoy seguro de que habéis quedado contenta». Yo, sin asombrarme respondí: «Su Alteza, me ha encantado; lo que siento está más allá de las palabras». El rey me dijo: «Racine tiene mucho talento». Yo le contesté: «Su Alteza, tiene mucho; pero en verdad lo mismo puede decirse de esas jovencitas: se meten en la piel de sus personajes como si nunca hubieran hecho otra cosa». Él me dijo: «Ah, eso, desde luego, es verdad». Y después Su Majestad se fue y me dejó a merced de la envidia; puesto que prácticamente yo era la única recién llegada, no le desagradó ver mi sincera admiración, sin ruido ni aspavientos. El príncipe y la princesa vinieron a decirme algunas palabras. Madame de Maintenon pasó como un relámpago: se iba con el rey. [...]

Llegan buenas noticias desde Inglaterra: no sólo el príncipe de Orange no ha sido elegido ni rey ni protector, sino que se le ha dado a entender que él y sus tropas no tienen más que volver por donde vinieron, lo cual nos ahorrará muchos quebraderos de cabeza. Si las cosas siguen así, nuestra Bretaña estará menos agitada, y mi hijo se evitará el disgusto de tener que acaudillar la nobleza del vizcondado de Rennes y de la baronía de Vitré: lo han elegido contra su voluntad para encabezarlos. Otro estaría encantado de semejante honor; para él, en cambio, ha sido una contrariedad, pues no le gusta esa manera de hacer la guerra. [...]

Adiós, queridísima hija. De cuantos están al mando de las provincias, estad segura de que monsieur de Grignan es quien está mejor situado.

MADAME DE SÉVIGNÉ
Cartas a la hija, Periférica